

V DOMINGO DE PASCUA (Ciclo B)

En la primera lectura de hoy hay una frase que no debe pasar inadvertida. Se nos dice que la Iglesia gozaba de paz en Judea y añade: «Y progresaba en la fidelidad del Señor y se multiplicaba animada por el Espíritu Santo».

No hay que perder de vista al que está detrás de todo. El Espíritu Santo multiplica los carismas y vivifica a la Iglesia. Además, Él nos une íntimamente a Jesucristo, sin el que, como nos dice el evangelio, no podemos hacer nada.

La imagen de la vid y los sarmientos es muy clara. Sólo el que está unido mantiene la vida. Si cortamos la rama de un árbol, acaba secándose y muere. La vida cristiana viene toda ella de Jesús y la poseemos en tanto no nos separamos de Él.

Ahora bien, al sarmiento que da fruto, el Señor lo poda para que dé más aún. He aquí la respuesta a algunas preguntas. Dios no se conforma con un fruto pequeño, sino que quiere que demos más. Y eso requiere de la purificación.

San Juan de la Cruz explicó muy bien cómo Dios va limpiando el alma de todo afecto y gusto, tanto sensorial como espiritual, para unirla más a sí. La beata María de la Encarnación, que pasó por numerosas pruebas y humillaciones, después de comulgar un día sintió esta verdad: «En este pasaje veía yo el porqué de los diferentes estados de purificación ya mencionados y la importancia de estar unidos a nuestra divina vid, el superadorable Verbo encarnado. Sólo por su savia viene la vida, que es el Espíritu divino. Aquí está la cima de la vida espiritual y perfección de los santos: en no tener otra vida que la de Él».

Al leer este pasaje, entendemos también por qué Dios permite que obras buenas que Él mismo suscita pasen por dificultades. Pensemos en los orígenes de muchas congregaciones religiosas y, más recientemente, en las dificultades que han encontrado algunos carismas nuevos en la Iglesia. Las incomprendiones y ataques contribuyen a purificar a sus miembros, y así, como indica el evangelio, los frutos apostólicos y de santidad se multiplican.

Ojalá la Iglesia gozara de una paz estable, como la que narra el libro de los Hechos; pero si Dios nos quiere purificar y ello redunde en su mayor gloria y en la salvación de las almas, entonces que se haga su voluntad.

Pidámosle que nos dé luces y fuerza para saber descubrir sus designios y llevarlos a término. Todo el misterio se reduce a permanecer en Cristo, pase lo que pase, como decía san Ignacio: en la riqueza y en la pobreza, en la salud o la enfermedad... Lo importante es estar en Él. Entonces acaban apareciendo los resultados; hemos de tener en cuenta que aunque quizá no se verifiquen en nuestra propia acción, sí lo harán en el conjunto de la Iglesia. El padre Carlos de Foucauld, por ejemplo, parece que no llegó a convertir a nadie durante su estancia en el desierto. Sin embargo, décadas después de su muerte, son muchos los que gracias a su espiritualidad conocen y aman a Jesús. La fidelidad se ve recompensada y, aunque exteriormente no nos sea dado observarlo, sí que tenemos la certeza de que Él está con nosotros.

Pidamos a la Virgen estar siempre con Jesús, a las duras y a las maduras. Siempre.